

A decorative border made of watercolor washes in shades of blue, green, yellow, orange, and purple, framing the central text.

**M u n d i a l**  
**de**  
**E s c r i t u r a**  
**R u d o l f S t e i n e r**

## **Destierro**

Antaño recuerdo tus colores intensos,  
bailando en el deshielo de un frío invierno.  
Conservo el eco de un amor incierto,  
pero como todo recuerdo este acaba derritiendo.  
Dedico melodías efímeras a alguien que no supo  
encontrarme,  
etéreo, enterrado, sentimientos que siempre  
permanecieron sellados.  
Susurro las letras de una canción que no pudo ser,  
dejando un último aliento con esperanza  
para que volvamos a nacer.

**Pietra Pardo Sasaki**

## Juego de cartas

Después de veinte minutos sentada en la misma silla, sosteniendo una birome negra, empecé a escribir algo que en el futuro llamaré "carta".

Empezar por el principio suena lógico si te acordás de este, de cómo empezó eso que más adelante nombrarás amistad. Esa llena de juego y sonrisas. Fuera en el patio y dentro en el cuarto.

Fin de una década, comienzo de una nueva. Fue a los once cuando me mudé a mi casa en Saavedra, vos siempre viviste en el mismo lugar, en tiempo. Hicimos distancia por envidia; nos unimos por cuestiones de la vida.

Intenté no huir de las molestias que me causaba su presencia, ella no es las consecuencias

Jugando de nuevo pero a las malas, a todo lo que daba. Juntando ahora a todos mis pensamientos, nunca llego a ese contento.

Miro ahora, años más tarde, lo lejos que te encontrás de lo que solías ser.

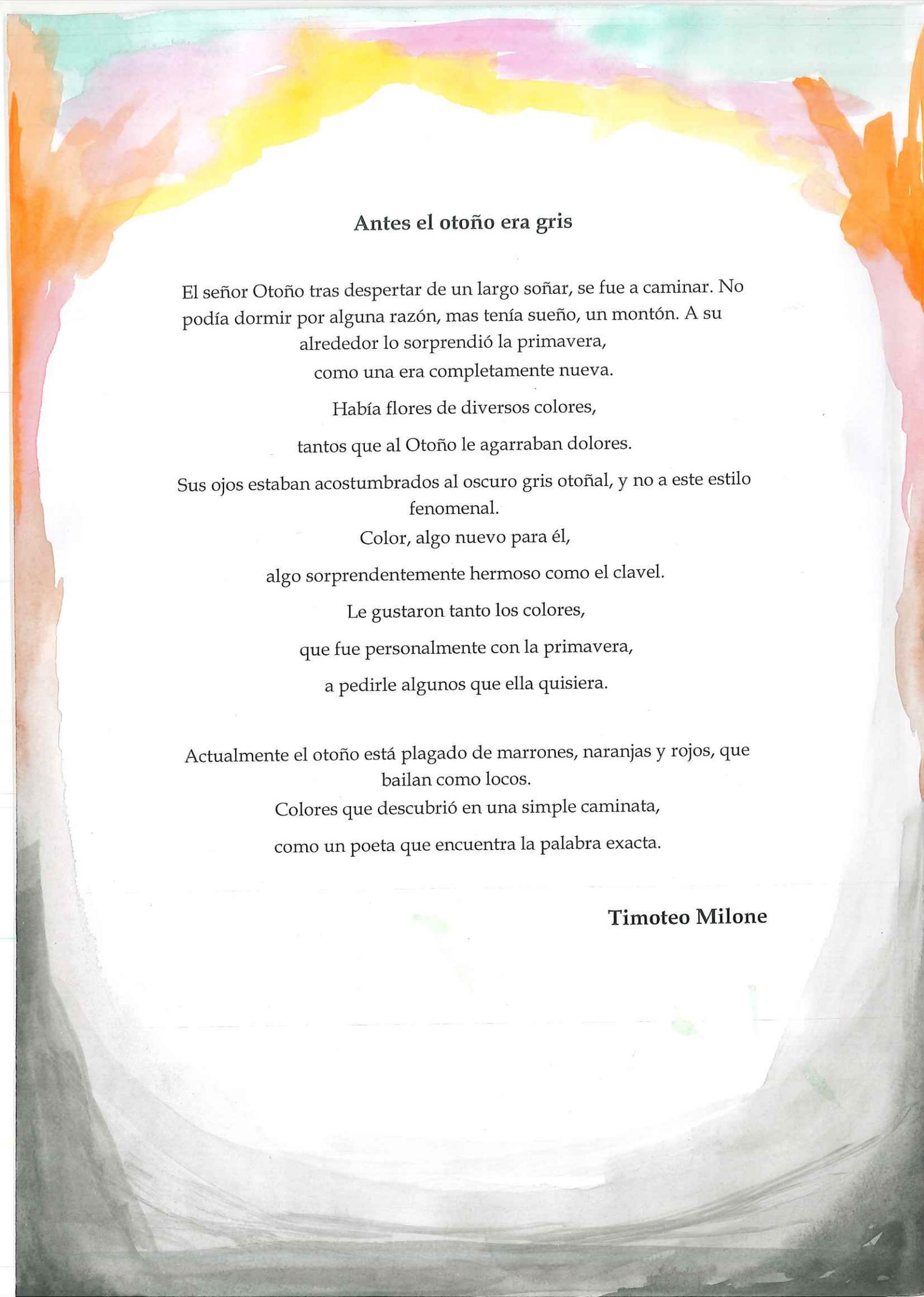
No sé si algún día podré volver a verte y menos si te volveré a tener.

Tal vez estas palabras que algo resumen lleguen a tu ciudad o tal vez se hundan en el camino; en ese extenso mar de lágrimas.

Todo lo que fuiste supone más recuerdos de lo que uno piensa y más sonrisas de las que uno es capaz de hacer en toda una vida.

Una última vez te saluda como no lo hice antes por miedo al desenlace.

Keira M. Gandini Caporale



## Antes el otoño era gris

El señor Otoño tras despertar de un largo soñar, se fue a caminar. No podía dormir por alguna razón, mas tenía sueño, un montón. A su alrededor lo sorprendió la primavera, como una era completamente nueva.

Había flores de diversos colores,  
tantos que al Otoño le agarraban dolores.

Sus ojos estaban acostumbrados al oscuro gris otoñal, y no a este estilo fenomenal.

Color, algo nuevo para él,  
algo sorprendentemente hermoso como el clavel.

Le gustaron tanto los colores,  
que fue personalmente con la primavera,  
a pedirle algunos que ella quisiera.

Actualmente el otoño está plagado de marrones, naranjas y rojos, que bailan como locos.

Colores que descubrió en una simple caminata,  
como un poeta que encuentra la palabra exacta.

**Timoteo Milone**

## Creo que me fui por las ramas

Ya pasaron 236 días. Eso es el tiempo que transcurrió desde la última vez que fui parte de la vida urbana. La decisión claramente no fue sencilla, y por supuesto que extraño algunas cosas, como las duchas calientes o la comida rápida, pero he tomado una decisión, y no pretendo cambiarla en ningún futuro cercano. Ahora, mi vida es relativamente tranquila, pues el bosque de Avidya proporciona todo lo vitalmente necesario, y creo que ya me estoy acostumbrando a manejarme en este lugar, solo se necesita un poco de agilidad y sabiduría.

¿Qué cómo llegué hasta aquí? ¿Por qué lo hice? ¿Quién fui, antes de este gran cambio? Me sorprende que durante los veintinueve años con los que cuenta mi vida, recién ahora haya hecho esto. Al estudiar sociología durante cinco años, siempre trataba de descubrir qué era la verdadera felicidad, la completitud del ser humano. Mucha gente tiene distintas opiniones, y probablemente este debate dure para siempre, pero personalmente he llegado a la conclusión de que deberíamos explorar toda posibilidad, probar las experiencias que pueden determinar lo que preferimos vivir, y dedicarle el tiempo necesario para saber qué alteración nos proporciona, cuánto nos acerca a esa "felicidad". Hasta ahora, esta idea tan llamativa de vivir entre los árboles es lo que más liberación me genera. Diría que lo elegí tal vez por la gran atracción estética que me generaba, o porque desde hace mucho tiempo tengo una gran afición con el *parkour*, lo que me ayuda tremendamente a realizar mi parte favorita de toda esta nueva vida: zarandearse entre grandes hojas verdes y saltar de rama a rama, practicando la actividad que hace tanto tiempo disfruto y desarrollo.

Sería adecuado decir que, además de la razón de por qué esta experiencia, el hecho de haber decidido hacer este gran escape también debe tener una razón. Supongo que era por lo incómodo que me hacían sentir la mayoría de las personas, y la manera en que desesperadamente buscaba la soledad. Ahora, viviendo entre la naturaleza y la única compañía proporcionada es por los pequeños animales que me rodean, entiendo lo que estaba buscando.

No soy tan espiritualista como para deshacerme de todas mis cosas antes de emprender este viaje, pero al llevarme tan poco, ahora ya debo haber leído el mismo libro unas siete veces. Es irónico, las cosas de las que nos queremos liberar, y las que nos son imposibles soltar. Tal vez mi investigación, todo mi trabajo es inútil, tal vez jamás podré descubrir lo que significa este intento de felicidad, pero al final del día, realmente no importa. Soy libre de saltar en árboles y hacer lo que quiera, en el bosque que todo secreto guarda.

Claro que también podría ser una mentira, o quizás podría jugar su parte cierto crimen cometido, un intento de escapar de la ley sin ser descubierto, pero explicar eso tal vez es explayarse demasiado, puede ser que ya sea irse mucho por las ramas.

Mirka I.K. Ratto Gabastou

## Señor Otoño

"Estoy harto, es imposible dormirme", pensó el señor Otoño. Había tenido una noche muy larga en la que no había podido dormir ni dos míseros minutos. Estaba cansado de intentar dormir cuando claramente no podía, así que decidió levantarse de su cama de hojas naranjas y crujientes y salió al exterior para caminar un poco. Una brisa calurosa lo azotó en la cara y se sintió extrañado. Era Otoño, su estación, su momento de reinar el mundo tranquilamente, tal y como él quería. Debía hacer frío, no este calor insoportable. Mientras avanzaba por las calles vacías de la ciudad, vio algunas hojas verdes y nuevamente se sintió extrañado, ¿qué estaba pasando? ¿dónde estaban esas hojas doradas sobre las que los niños saltaban para que crujan?

"Buenas noches", murmuró una voz suavemente.

El señor Otoño se dio vuelta, asustado por esa repentina presencia. Detrás de él se encontraba la señora Primavera, con su usual vestimenta y esa sonrisa característica que siempre había tenido.

"B-buenas noches", dijo el señor Otoño muy nervioso.

"¿Qué te trae por acá a esta hora?"

"Y-y bueno, nada, solo que no podía dormirme", declaró avergonzado.

Hubo un silencio largo, en el que la señora Primavera lo observaba sin disimulo alguno, y para romperlo, el señor Otoño dijo:

"Al despertar descubrí que cambió la estación, ¿es así?"

La señora Primavera asintió, soltó una pequeña carcajada y tomó al señor Otoño de la mano, para luego arrastrarlo por la ciudad hasta llegar a un pequeño cafecito.

El señor Otoño estaba sonrojado, siempre había estado enamorado de la señora Primavera. Ella era de esas personas que iban sonriendo y danzando por la vida, de las que siguen adelante pase lo que pase. Él la admiraba, la admiraba tanto. Algún día quería llegar a ser como ella, quería aprender a poder levantarse cada vez que se resbalara, por más de que el golpe doliera mucho.

"¿Me estás escuchando?", preguntó repentinamente la señora Primavera.

El señor Otoño salió de sus pensamientos y contestó:

"No, disculpame"

"Te pregunté si querías té, distraído" dijo la señora Primavera entre risitas.

"Ah, sí, por favor"

La señora Primavera sirvió té en ambas tazas, y al terminarlo se levantó y lo tomó de la mano nuevamente.

"¿Caminamos?", preguntó ella.

El señor Otoño asintió y emprendieron su camino por las calles oscuras de Buenos Aires, donde caminarán durante toda la primavera, y luego durante todo el Otoño, disfrutando de su compañía eternamente.

Luisa Gabriel

### **Sábado:**

El vuelo fue muy largo, con tres escalas. Para colmo, el murmullo constante no me dejó dormir en el avión. Las palabras eran como ladridos que no lograba descifrar.

En una escala me compré un oso de peluche porque me recordó a mi mejor amiga Margarita, que acababa de dejar en nuestra ciudad natal. El oso llevaba un sombrero, algo muy característico de ella.

En el último tramo, comí un pan de queso para sentirme como en casa y miré por la ventana del avión mientras me imaginaba mis próximos días en Buenos Aires.

Cuando por fin llegué a Ezeiza, tuve que comprarme una campera en el freeshop. No me esperaba tanto frío.

Salí del aeropuerto y pedí un taxi que tardó una hora para llevarme al departamento en el que iba a vivir.

Estaba un poco mareada con tanto viaje, así que decidí irme a dormir sin cenar.

### **Domingo:**

Hoy me desperté con mucho entusiasmo: un nuevo día significa nuevas oportunidades.

A las once recibí el llamado que tanto andaba esperando: era Marcelo, el director de la escuela Waldorf Madreselva. Luego de una larga conversación me dijo que me esperaba el día siguiente a las siete de la mañana. Por suerte me aclaró una duda que yo tenía desde hacía varios días. Sí, Madreselva era una escuela bilingüe, español / portugués. ¡Qué alivio!

Luego de almorzar en el bar de la esquina del edificio, decidí hacer las compras. Me crucé con un niño que cantaba y bailaba; tenía alrededor de doce años y me hizo acordar a Margarita. Cuando éramos niños, íbamos todos los días luego del colegio cantando y bailando con Margarita hasta su casa, en donde su madre nos esperaba con una Feijoada exquisita. Qué lindos recuerdos...

### **Lunes:**

El despertador sonó bien temprano, anunciando que eran las seis de la mañana. Desayuné unas frutas y tomé rápido el subte hacia Madreselva.

Al llegar, busqué Marcelo con la mirada y lo encontré. Media hora más tarde me presentó al curso dónde iba a dar clases: el onceavo.

A las ocho comencé la clase. Mi primera propuesta fue hacer una ronda para conocernos mejor. Luego les conté cómo iba a ser la dinámica y les asigné grupos para ir haciendo bocetos del animal que más les gustase.

Al final de la hora, les conté que con esos bocetos íbamos a empezar a pintar un mural en una de las paredes del colegio al día siguiente. Ellos, muy contentos, aplaudieron la idea.

Luego de un día agotador, me volví en colectivo al departamento. Cené algo livianito y enseguida me fui a dormir.

### **Martes:**

Ya hace tres días que estoy en esta ciudad y no me puedo acostumbrar al frío. Cada día uso más abrigo.

Cuando comenzó la clase, todos estaban muy contentos y entusiasmados, lo cual me alegró mucho.

Fui pasando por cada grupo y me asombró lo bien que pintaban y la dedicación que ponían en cada detalle. Había ballenas, delfines, tortugas y, entre todos esos animales marinos, también había una serpiente. Eso me causó mucho interés. La consigna era muy libre y todos habían elegido animales marinos, menos la serpiente. En el grupo de la serpiente me pareció reconocer a un joven del edificio. Había algo misterioso que no lograba descifrar.

Por la tarde fui a mi primera clase de castellano. Macelo me la recomendó ayer cuando vio mis dificultades con el idioma.

### **Viernes:**

¡Casi no tengo tiempo de escribir desde que estoy en el hospital por culpa de ese maldito animal! O por culpa de mi vecino, que es un acumulador de animales. Por cierto, él también está internado en este hospital ya que, a raíz de mi denuncia, le diagnosticaron síndrome de Noé.

¡Serpientes!

A causa de la mordida, ahora veo serpientes por todos lados. Tal vez el dibujo del colegio era una advertencia, o tal vez me estoy volviendo loco...

**Chiara Perotti**

## Tarde de hermosura

El viejo señor Otoño, llamado así por haber nacido en la estación, salió a dar un paseo por el sendero que llevaba al lago más cristalino que te pudieras imaginar. Este era un camino muy bello en su ser. A los costados estaba custodiado por grandes árboles, ahora llenos de hojas de tonalidades verdes, también con arbustos florecidos y repletos de aromas fascinantes, a sus pies. Caminó por allí un buen rato, hasta encontrarse con su gran amado lago. Aunque este fuera pequeño en tamaño, era enorme en hermosura. Como ya mencioné antes, su agua era cristalina en su totalidad, sumándole que podías ver los destellos azules reflejados del cielo. El anciano adoraba escuchar el murmullo del agua, en el momento de caer por las piedras acumuladas en forma de cascaditas y recolectar flores de diversos colores para luego llevarlas a su posada.

Luego de pasar allí un par de horas, pensando con qué tipo de mariposa se podría encontrar esa tarde, se decidió a partir de regreso a su querida cabaña. Esta vez lo acompañaron unas ardillas que jugaban por ahí ya acostumbradas a verlo por la zona. Al llegar a su hogar, depositó el ramo de flores en un florero y se fue a cenar para luego dormirse hasta el día siguiente, en el que iba a hacer lo mismo, pero esta vez con su nieta que lo venía a visitar.

**Paula Di Nardo**

## Sintonización

Esto de vivir entre los árboles es difícil. A veces creo recordar las partes de ciertas cosas, pero no sé si son recuerdos o realmente no existieron. Tampoco recuerdo cómo llegamos acá, al medio de la nada, con tantos árboles y naturaleza viva. Tampoco me quejo.

Vivimos entre los árboles y la altura, no es necesario que trabajemos. Al menos no por dinero. A Tyler, mi pareja, le gusta recolectar los frutos y estar con los animales colgantes, como los koalas y los monitos. A mí, en cambio, me gusta trabajar en la casa que está arriba de un ceibo enano. Este árbol en particular tiene unas ramas que están cerca del piso. Encontramos una tierra extraordinaria: tiene frutos por doquier, y una fuente de agua alternativa, así que casi no bajamos a tierra, no lo necesitamos.

Creo que mis viejos escuchaban Los Redondos y a veces me encuentro tarareando las que eran sus canciones favoritas. Es lo único que recuerdo, en cuanto a nombres concretos y cosas que pienso que son reales.

Hay días en los que no hacemos nada, más allá de ver las hojas moviéndose y debatir cuál creemos que es el árbol más viejo de todos. Para mí es un manzano que está un poco lejos de la casa. Para él, en cambio, es el banano que está frente a la palta. Otros días nos dedicamos a cosechar frutos y recoger agua, esos son días mucho más dinámicos. Para mí, los mejores días son los de sol en verano, aquellos que me permitían bajar al río. Cuando bajamos al río aprovechamos para pescar un par de pececitos, aunque no muchos.

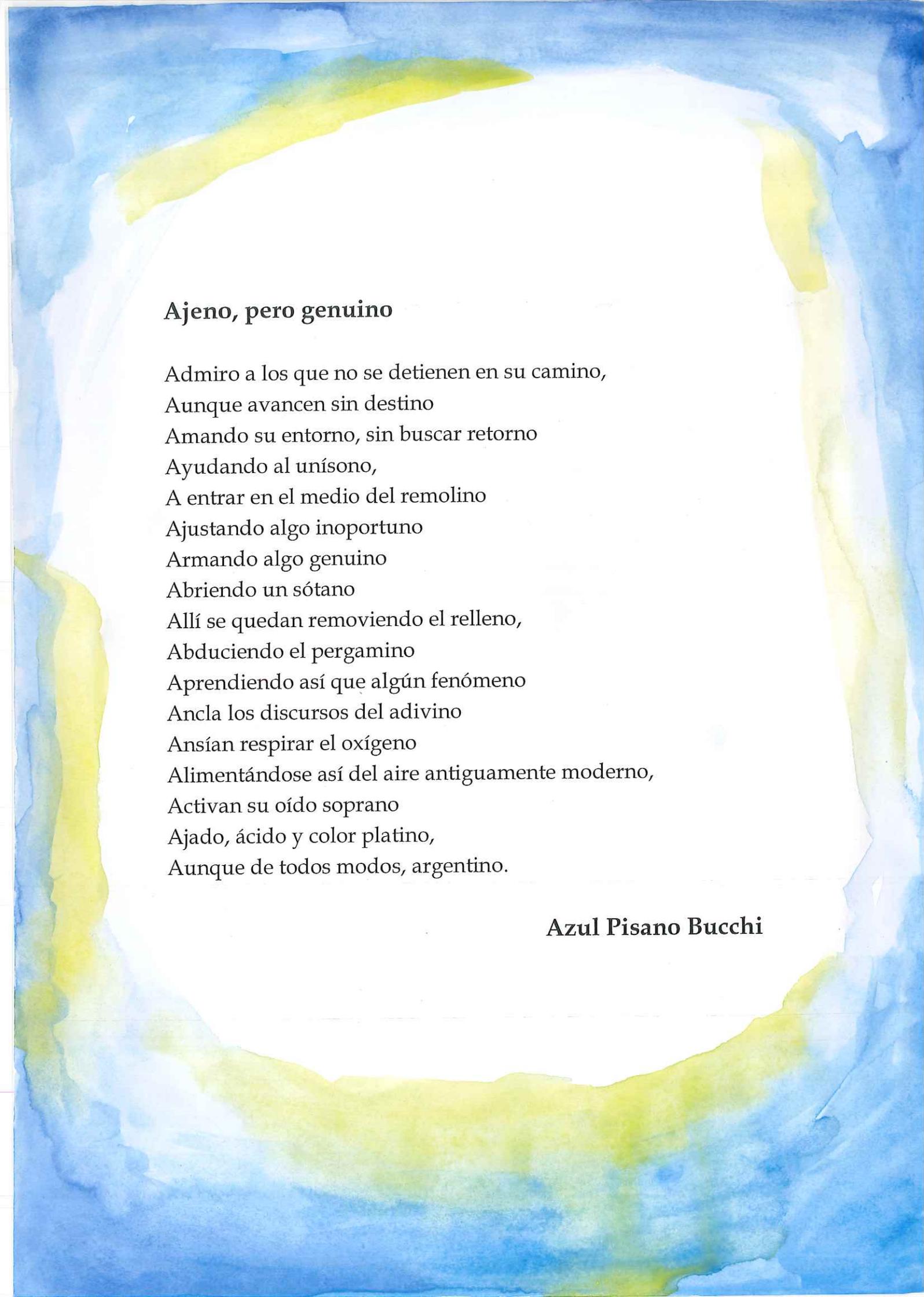
Lo que recordaba de mi familia era un poco triste, no nos habíamos visto en sus últimos momentos, porque nos hablamos peleado y yo estaba ofendida. Siempre era lo mismo, que Tyler y su campera, que yo y mi auto destartalado del que no recuerdo la marca.

A veces agarramos las lianas y nos tiramos, otras veces saltamos desde las ramas. Las lianas son más divertidas y me hacen sentir serotonina, pero una vez me caí y no pude hacer muchas cosas por un tiempo. Fue muy triste. Solemos esperar al verano para bajar a tierra. A parte de ir al río a pescar los pececitos, aprovechamos para juntar de los árboles que ya están muy viejos la leña que necesitamos para el resto del año.

A veces trato de recordar qué es lo que más consumía, aparte de mi radio. Qué comía, qué vela, qué marca de ropa me gustaba, de qué equipo de fútbol era. A veces lo hablo con Tyler. Él dice que lo único que tiene presente es que su nombre es de un personaje de una peli. "No sé, era vieja. De antes de que nacióramos, era la favorita de mi vieja. Creo que estaba un poco enamorada del protagonista".

Hoy, día de invierno: decidí bajar. Bajé reptando, algo no tan común. Una vez tocado el piso, caminé. Después de caminar mucho, al punto de que me sangran los pies, la encontré. Estuve un rato mirándola. Encontré la radio, que lo único que sintoniza son los recuerdos del ayer y las canciones del mañana.

**Francisca Reynoso Cura**



## Ajeno, pero genuino

Admiro a los que no se detienen en su camino,  
Aunque avancen sin destino  
Amando su entorno, sin buscar retorno  
Ayudando al unísono,  
A entrar en el medio del remolino  
Ajustando algo inoportuno  
Armando algo genuino  
Abriendo un sótano  
Allí se quedan removiendo el relleno,  
Abduciendo el pergamino  
Aprendiendo así que algún fenómeno  
Ancla los discursos del adivino  
Ansían respirar el oxígeno  
Alimentándose así del aire antiguamente moderno,  
Activan su oído soprano  
Ajado, ácido y color platino,  
Aunque de todos modos, argentino.

**Azul Pisano Bucchi**